

ÁNGEL MAREGIL SÁNCHEZ

La forja de un republicano



LETRAS DE AUTOR

© Ángel Maregil Sánchez
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Maquetación y diseño de cubierta: Georgia Delena

Primera edición: Junio 2014

Fuentes Wikipedia: *La Historia del P.C.E, La historia se confiesa, Historia de España contemporánea*

ISBN: 978-84-16181-34-6
Depósito Legal: M-19336-2014
P.V.P.: 16 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España — UNIÓN EUROPEA

Índice

| | |
|-----------------------------------------|------------|
| Primera parte..... | 7 |
| Capítulo 1..... | 8 |
| Capítulo 2..... | 11 |
| Capítulo 3..... | 19 |
| Capítulo 4..... | 32 |
| Capítulo 5..... | 37 |
| Capítulo 6..... | 48 |
| Capítulo 7..... | 77 |
| Capítulo 8..... | 94 |
| Capítulo 9..... | 103 |
| Capítulo 10..... | 129 |
| Segunda parte, la República..... | 147 |
| Capítulo 1..... | 148 |
| Capítulo 2..... | 183 |
| Capítulo 3..... | 194 |
| Capítulo 3..... | 209 |

| | |
|---------------------|------------|
| Capitulo 4..... | 217 |
| Capitulo 5..... | 224 |
| Capitulo 6..... | 257 |
| Capitulo 7..... | 267 |
| Capitulo 8..... | 283 |
| Epilogo..... | 300 |



Primera parte

Capítulo 1

Eran las ocho de la mañana de principio de Diciembre del año 1923, Tomas se empezó a levantar tranquilamente, todavía era de noche. Fue a la cocina y se preparó un par de huevos, unas rebanadas de tocino y un café negro bien cargado, quería estar despejado. Desayuno con buen apetito, cogió a su perro y se dispuso a recorrer sus tierras, tenia mucho que pensar.

Hacia siete meses que había muerto su padre, tuvo que hacerse cargo de la recolección de la cosecha, con tan solo 18 años recién cumplidos.

La cosecha había sido espléndida, había sacado pingües beneficios, salió a la calle, el día empezaba a clarear.

Era una mañana fría, los campos estaban blancos por la escarcha y corría una suave brisa, era una mañana ideal para pensar. Tenia que pensar que hacer con su vida, el pueblo se le hacia pequeño, se ahogaba en el ambiente del pueblo. Tenia que hablar con su tío Teofilo, pues su tío tenia sus tierras lindando con las suyas.

El día del entierro de su padre su tío le dijo que si pensaba vender las tierras que se las vendiera a el. Tenia que pensarlo bien, aquí tenia su vida resuelta, tenia su casa, sus tierras y si se iba y lo dejaba todo, era un riesgo que tenia que correr, por que el campo no le llenaba.

Se iría a Madrid, allí trabajaría y estudiaría. El campo no le gustaba, no le encontraba aliciente, en Madrid podría prosperar.

Aquí en el pueblo no le retenía nadie. Tuvo una novia, pero le dejó. Fue una gran desilusión, cuando mas la necesitaba se fue con otro mozo, no tuvo confianza en el, otro se hubiera hundido.

Su padre enfermo, le deja la novia, tenía que recoger la cosecha, gracias a su tío que le animó pudo contratar a varios jornaleros y pudo recoger la cosecha.

Tenía tres ofertas, porque no había preparado el terreno para la siembra del año siguiente, se las vendería a su tío porque se había portado muy bien con el, aunque las otras ofertas eran ligeramente superiores. Pero su tío se quedaba con todo, vendería todo, el terreno, las mulas, el carro, los aperos de labranza y el caballo, solamente se quedaría con la casa.

Con ese dinero tendría para vivir dos o tres años por lo menos sin trabajar, pero quería trabajar y estudiar, para labrarse un porvenir. Después de dos horas volvió al pueblo, la mañana seguía siendo fría, entro en casa de su tío, gritó:

—¡Tío Teo!, ¿donde esta?. Su tío salió a recibirle, estaba arreglando unos aperos en el corral.

—¿Que pasa Tomas?, preguntó su tío. —Vamos siéntate un poco conmigo.

—Tío, quiero hablar con usted.

—¿En que puedo ayudarte?, pasemos a la cocina. Su tío preparó dos vasos de vino, cortó un trozo de tocino, lo frió, corto una rebanada de pan y se la ofreció a su sobrino.

—¡Bueno Tomas!, ¿en que puedo ayudarte?, Tomas corto un poco de tocino, pellizó un poco de pan y bebió un poco de vino.

—Tío he pensado vender las tierras.

—Sobrino me lo estaba figurando al verte con esa desidia y esa desgana.

—Si tío el pueblo se queda pequeño, me quiero ir a Madrid. Quiero labrarme un por venir, como sabrá, me han ofrecido mucho mas dinero por las tierras y he pensado vendérselas a usted, pero con una sola condición.

—¿Cual?

— Que se quede con los aperos de labranza, pero sobre todo quiero que se quede con mi perro.

—Vale, es un gran perro, no hay problema, ¿pero que piensas hacer?

—Me voy a la capital, aquí no tengo futuro, no me gusta el campo y no tengo nadie que me espere, aquí no sería feliz.

—¿Y que vas hacer con la casa?

—No, esa no la vendo, la quiero conservar, quiero quedarme con algo del pueblo, no quiero perder las raíces y si las cosas no me van bien, siempre la puedo vender.

—Cuando te quieres ir.

—Lo antes posible, cuando lo deje todo arreglado.

Era el 19 de Diciembre, Tomas se levantó temprano, metió todos sus enseres en el petate, tomo unos sorbos de café que había dejado preparado la noche anterior, se dirigió hacia la puerta, hecho una mirada a la casa, cerro la puerta de su casa, echó la llave, se dio la media vuelta y se dirigió a la parada de la camioneta que estaba a las afueras del pueblo.

Esperó como media hora, metió su petate en la baca y se monto en la camioneta, miró por última vez al pueblo, dio un suspiro y el pueblo fue desapareciendo en el horizonte.

Se bajó de la camioneta y se fue andando a la estación para coger el tren que le llevaría hasta Madrid.

Entró en el vagón de tercera, era un vagón con los asientos de madera. Los pasajeros se cubrían con un pañuelo para librarse de la carbonilla que soltaba la maquina del tren.

Tomas podía haber pagado un billete de primera, pero tenia que ahorrar, porque no sabía como le iba a ir en Madrid.

Capítulo 2

Llegó a la estación de Atocha, era ya de noche. Preguntó a un mozo de cuerda de la estación por una habitación para dormir esa noche, le mandaron cerca de la estación, a la calle del Salitre.

Allí le recibió una señora de unos 50 años era algo gruesa no tenía pinta de ser muy limpia. Le enseñó la habitación, era un cuarto oscuro sin luces, bueno para dormir esa noche estaba bien. Al otro día buscaría una pensión que fuera un poco más limpia y la buscaría tranquilamente.

Tomas se levantó temprano a las siete y media, salió a la calle, se tomó un café de puchero en la taberna de la esquina. Le preguntó al tabernero por una buena pensión, que fuera limpia. El tabernero le mandó a la calle del Amparo.

Una vez allí, Tomas llamó a la puerta y le recibió una señora de unos 35 años.

—Buenos días, ¿me han dicho que alquila un cuarto?

—Sí pero, ¿cuanto tiempo piensa quedarse?

—Si estoy a gusto, indefinidamente.

—Bueno, le enseñare su cuarto.

Era una habitación con una cama que casi podían dormir dos personas, era bastante espaciosa, tenía una mesita donde podría estudiar, era muy luminosa, era perfecta.

—Bueno me la quedo, ¿cuando puedo instalarme?

—Cuando quiera

—Pues voy a por mis cosas. Recogió sus cosas, pagó la habitación y se marchó.

Mientras caminaba iba viendo la gran ciudad, Tomas estaba embobado viendo los grandes edificios y la rica arquitectura.

Por fin llego a la pensión. Le recibió la patrona, se llamaba María García pero todos la llamaban doña María. Era viuda de un militar, se había quedado viuda de un sargento en el desastre de Annual. Como era una señora previsora, había montado una pensión por si a su marido le pasaba algo, por si acaso. Y el tiempo le había dado la razón.

Gracias a la pensión podía vivir holgadamente, pero con mucho trabajo, tenia que lavar, planchar, y preparar las comidas. Tenia una sirvienta del pueblo de su marido, se llamaba Vicenta, entre las dos llevaban la pensión. La susodicha pensión tenia ocho habitaciones, más la habitación de la dueña, la criada dormía en la buhardilla

En la habitación de al lado vivía Miguel Estrada, era un estudiante de ingeniero de caminos, luego en la siguiente estaba el señor Julio, un viudo de unos cincuenta años que tenia un taller de carpintería en la calle Tribulete, cerca de la plaza de Lavapies.

Al otro lado del pasillo estaba la habitación de José Castro, un asturiano que era guardia municipal, en la siguiente habitación vivía don Manolo, un cajero de banca, en el piso superior vivía Andrés, un dependiente de una ferretería, en la siguiente vivía el mas charlatán y simpático de todos, Eugenio Salgado, un cajista de imprenta que trabajaba en la rotativa de el periódico el Sol, en la siguiente habitación estaba el dormitorio de la patrona, y también le servia como despacho.

Tomas se dispuso ha desempacar y colocar sus pocas pertenencias en el armario, en ese momento la señora María llamo a la puerta y le comento:

—Aquí se come a las dos y se cena a las nueve, si se pierde turno no se da de comer a nadie sin excepción.

Por la mañana solo comía Eugenio, por que trabajaba de noche en el periódico. Por la noche en la cena si estaban todos, entonces se

entablaban apasionadas tertulias, se hablaba de toros, de política, y de la actualidad.

Entró Tomas en el comedor y la patrona le presentó a los demás huéspedes, le preguntaron para que había venido a Madrid, y que edad tenía.

—Tengo 18 años y vengo a quedarme, quiero trabajar y estudiar. Ampliar mis conocimientos, quiero prosperar. Entonces el señor Julio le comentó.

—Yo necesito un aprendiz, si quieres puedes trabajar, pruebas si te gusta, así aprendes el oficio.

—Déjeme dos días, así conozco un poco Madrid.

—Si quieres puedes empezar el Martes 26, porque el Lunes es Navidad.

Al Martes siguiente Tomas se fue a trabajar, era una mañana muy fría, caía una fría llovizna, las orejas se le quedaban heladas, caminaba junto a su jefe. —Hace mucho frío en Madrid. Le comentó Tomas al señor Julio.

—Si, le respondió —Que esperamos, estamos en pleno invierno.

—Si, pero en mi pueblo en pleno invierno no hace tanto frío.

—Es que en Madrid las temperaturas son muy extremas, en invierno hace mucho frío y en verano mucho calor.

Se pararon en un kiosco a comprar el Heraldo de Madrid.

Las noticias no eran buenas, había huelgas, manifestaciones y revueltas. —Bueno, vamos para el taller, que eso ni tu ni yo podemos arreglar.

Entraron en el taller, el señor Julio le indicó lo que tenía que hacer.

—Mira Tomas, lo primero que tienes que hacer es barrer el taller, luego enciende el infiernillo para calentar la cola, luego tienes que lijar los muebles para luego barnizarlos.

Tomas trabajaba duro estaba acostumbrado a las tareas del campo y eso le parecía un entretenimiento más que un trabajo.

En el taller trabajaban dos oficiales de primera, uno de segunda, tres ayudantes y dos aprendices, uno de dos años y el otro de tres. El aprendiz de dos años, tenía quince y el aprendiz de tres años, tenía dieciséis. Eso a Tomas le hacia sentir un poco acomplejado, el señor Julio en seguida se dio cuenta.

—Mira Tomas, con tu actitud, con tu esfuerzo y tu inteligencia, en menos de dos años seguro que eres ayudante y en otros dos te conviertes en oficial.

Tomas y el señor Julio salieron a comer.

—Mire señor Julio, no se si aguantaré mucho tiempo aquí.

—Bueno, no te preocupes, tu aguanta, vamos a leer el periódico a ver las noticias. Entonces el señor Julio le comento a Tomas:

—Esto tiene mala pinta.

—¿Por que lo dice?

—Por la situación económica, el paro, el hambre, el desgobierno, la pobreza, la inseguridad. Vienen tiempos difíciles.

El 9 de Enero en todos los periódicos venia la noticia que se suspendía la inmunidad parlamentaria en un real decreto.

—Mira, le comento el señor Julio a Tomas.

—Te lo dije, se nos viene encima una dictadura.

—¿Eso es bueno o malo?, preguntó Tomas.

—Bueno no es, habrá que andar con mucho cuidado.

Sobre el 6 de Febrero salió un real decreto, que todos los mozos eran llamados a filas. La noticia, preocupó bastante a Tomas, pues España estaba en guerra con Marruecos. Se lo comento al señor Julio.

—No te preocupes, todavía te tienen que tallar. De aquí a que te incorpores lo mismo se ha acabado la guerra.

—Ojalá, pues no me hace gracia luchar en una guerra que no entiendo.

En la misma acera donde trabajaba, había una mercería donde trabajaba una dependienta que tenía dieciséis años. Estaba de aprendiz adelantada porque la dueña la dejaba muchos ratos sola.

La dependienta se llama Carmen Llanos, pero la llaman Carmina. Se entablo una buena amistad entre los dos jóvenes. A Tomas le gustaba, era una chica delgada pero con unos labios carnosos y unos pechos firmes, era muy atractiva. Un día en que estaban hablando, Carmina le preguntó.

—¿Que vas ha hacer cuando te vayas a la mili?

—No lo se, tengo que replantearme que hacer.

Tomas se estaba adaptando a la vida en Madrid, el trabajo con el señor Julio no le llenaba, además el salario no le llegaba para terminar la semana y no quería acabar con los ahorros, además tenía que ahorrar, porque tendría que hacer el servicio militar dentro de un par de años y eran tres años de mili.

Por la noche en la cena, Eugenio Castro le comento que se había quedado una vacante en la rotativa del periódico, de un ayudante cajista.

—Eugenio, me interesa, ¿cuando puedo ir ha hablar con el encargado de la rotativa?

—Esta noche si quieres.

—Allí estaré.

Sobre las once de la noche Tomas se presento en la rotativa, el encargado se llamaba Justo, era un hombre de unos cuarenta años, era de una estatura media, fornido, con unos hombros anchos y musculosos. Sus facciones eran duras, pero con un aire de nobleza. Al señor Justo se le veía un hombre enérgico pero noble, alguien en quien confiar, por lo menos esa fue la primera impresión que le quedo a Tomas.

En la rotativa se estaban preparando las planchas y los rodillos para cuando entraran las noticias que venían de la redacción.

A esas horas no había mucho trabajo, era la hora ideal para presentarse.

Tomas se presento al señor Justo.

—Por favor, ¿el señor Justo?

—Si, soy yo.

—Vengo de parte de Eugenio, me ha dicho que ha quedado vacante, de ayudante de cajista.

—Si, en efecto. ¿Pero tienes alguna experiencia en imprenta?

—No, yo vengo del campo, estoy de aprendiz en una carpintería, pero no me gusta. El oficio no me llena. Eugenio me ha explicado más o menos el trabajo y creo que puedo desarrollarlo.

—Bueno, como vienes por Eugenio recomendado, te daré una oportunidad. Tuyo es el trabajo. ¿Cuándo quieres empezar?

—Pues tengo que hablar con el señor Julio, para no dejarle tirado.

—Me parece bien, te doy hasta el lunes.

El señor julio entendió las circunstancias del muchacho, pues el salario casi le doblaba. Esa tarde se fue a hablar con Carmina, había una buena relación, entre ellos. Esperó a que despachara a unas clientas.

—Carmina, me cambio de trabajo y ahora nos veremos menos.

—Tomas, ¿ahora donde vas a trabajar?

—De cajista, en el periódico el Sol de Madrid. Trabajare de noche. Si quieres puedo venir a buscarte cuando salgas del trabajo.

—Estaré encantada.

Tomas se estaba enamorando de Carmen, sentía un amor puro. Tomas estaba a gusto con Carmina. Con el tiempo quería pedirle que se casara con el, pero tenia que arreglar su futuro.

Trabajaría y aprendería el oficio de cajista, se pondría a estudiar a fondo por las tardes. Quería coger una cultura, quería quitarse el peso que le oprimía de la ignorancia del pueblo.

A los doce años tuvo que dejar la escuela, solo estudiaba dos horas por las noches. Tenia que ganar el tiempo perdido.

Eugenio y Tomas habían hecho una gran amistad, habían congeniado muy bien. El trabajo de Tomas era muy eficiente, su adaptación al puesto de trabajo había sido muy rápido. Le encantaba su trabajo.

El 21 de Enero, que era Lunes, salió dos noticias que marcarían su vida, y la historia de España. Fue la muerte de Lenin, y la destitución de don Miguel de Unamuno.

La mañana del día 22 todos los periódicos hablaban de lo mismo, la muerte de Lenin, y la destitución de Unamuno de su cátedra en la universidad de Salamanca y el destierro a Fuenteventura.

Eugenio le comento a Tomas:

—Esta tarde seguro que habrá jaleo, cuando se digieran estas noticias. Los comunistas por un lado y los partidarios de don Miguel de Unamuno por el otro. Recuérdalo Tomas.

Ese día por la tarde hubo revueltas y manifestaciones de los sindicatos, Tomas no se enteraba de nada, no comprendía por que se hubiera muerto un señor muy lejos de España y ni si quiera era español. Y Unamuno, ¿algo habría hecho?. Se preguntaba Tomas.

En la cena se entablo una discusión muy acalorada, Miguel Estrada sostenía: —Tenemos que manifestarnos, tenemos que parar la universidad y vosotros los obreros tenéis que ir a la huelga.

El señor Julio le respondió:

—Esto no nos atañe a los trabajadores.

—Si que os atañe, a los trabajadores y a todos, le respondió Miguel.

—Esto no tiene sentido, estas manifestaciones, estas huelgas. Le respondió José el municipal.

—Claro, como tu tienes el sueldo asegurado. Le respondió Eugenio.

—Pero muchos podemos perder nuestros puestos de trabajo, hay que luchar, no podemos dejar a los patronos que hagan y des-hagan a su antojo.

Catalina asintió.

—Las condiciones de trabajo hay que mejorarlas.

Como Tomas estaba muy callado, Eugenio le pregunto:

—¿Tomas y tu que opinas?

—Yo no entiendo nada, por eso quiero estudiar, para no ser un ignorante. Eugenio aprovecho para decirle:

—Te tienes que hacer del sindicato.

—¿Para que quiero yo hacerme del sindicato?. le preguntó Tomas.

—Le explicaron que en el sindicato le buscaban trabajo cuando se quedaban en el paro, le defendían cuando tenían conflictos con los patronos, también tendría que hacer huelga.

A la mañana siguiente se fue a la sede del sindicato de la U.G.T., para afiliarse. Eugenio y Tomas tomaron un café y se fueron a la pensión a dormir.

Al medio día se levantó, se lavó, se afeitó la barba. Su compañero y ya amigo le estaba esperando en el comedor. Comieron unas patatas con bacalao. Después de comer se fueron a buscar una academia, que estaba dos calles mas abajo.

Estuvieron hablando con el maestro de la academia, Tomas le explico lo que quería aprender.

—Mire, de momento solo cultura general.

—De acuerdo, ¿cuando quieres empezar?.

—Pues mañana mismo, si puede ser.

—Claro, cuando quieras.

—Hoy comprare el libro, los cuadernos y los lapices.

Tomas ponía mucho empeño por aprender, el ya tenia una base. Aunque había dejado de estudiar a los doce años, Tomas por las noches había seguido estudiando. Su padre aunque lo necesitaba para las labores del campo, le obligaba por las noches a ir a la casa del maestro, por eso no le costó seguir las clases y con sus ganas de aprender el maestro estaba muy satisfecho con los progresos de Tomas.

Los días transcurrían despacio, seguían habiendo revueltas. Tomas era una esponja, todo lo absorbía en el trabajo, en la escuela y sobre todo en la universidad de la calle.